

## Introducción: ¿Qué es la educación sensible y por qué es necesaria?

¿Qué aqueja a la educación que no logra vencer la soledad, la violencia, la injusticia o la creciente crisis de salud mental? ¿Qué sucede para que innumerables familias ya no sepan cómo educar a sus hijos? ¿Cómo es posible que personas muy competentes no consigan ser felices? ¿Qué clase de educación impartimos cuando el agotamiento emocional de padres y docentes alcanza niveles alarmantes?

Estos no son fracasos aislados de un sistema que precise meros ajustes, sino los síntomas crónicos de un paradigma educativo superficial. Este libro sostiene que la educación moderna, pese a sus buenas intenciones, se ha erigido sobre una comprensión reduccionista del ser humano. Como alternativa, propone un camino a la vez profundo y sencillo: la educación sensible. No se trata de un manual sobre «cómo hacer», sino sobre «quién ser». Porque esta pedagogía no es algo que *hacemos*, sino algo que fluye de lo que *somos*.

Lejos de ofrecer soluciones mágicas, estas páginas enfrentan al lector con su realidad para que la abrace con valentía. Le acompañarán en su determinación de disfrutar la experiencia de educar, a pesar de todo y pase lo que pase.

Para leer este libro, le invito a aparcar temporalmente las ideas preconcebidas de pedagogía, psicología o teología. Aunque algunos conceptos le resulten familiares, la educación sensible no es un sistema de pensamiento, sino vida encarnada. Lo que aquí se expone no busca ser creído, sino reconocido y experimentado en la propia existencia. No se pretende demostrar ni convencer, sino mostrar una realidad vivencial que solo la sensibilidad personal puede hacer transparente. Su propio encuentro con ella le irá revelando la evidencia.

Esto no niega su fundamento científico, que ya ha sido expuesto en la obra *Educación sensible: marco pedagógico y espíritu educativo* (Martínez-Domínguez, 2022). Sin embargo, el libro que tiene en sus manos es para *vivir* la educación, no solo para *pensarla*. Aquí no encontrará respuestas rápidas, sino la inspiración para hallar dentro de sí las que necesita; para reeducarse y acompañar a otros en su propio camino de autoeducación.

Considero que la enfermedad endémica de la educación moderna es la fractura entre el crecimiento de las dimensiones de la persona y la persona en sí. Por lo general, no se educa para «ser quién soy», sino para «ser de un modo» determinado. El punto de partida no es la identidad original, sino un modelo ideal que se debe imitar. Este enfoque quiebra a las personas, especialmente a las más sensibles. Al proponer un «cómo debo ser» que ignora el «quién soy», la educación no sensible provoca que la persona se desconecte de sí misma y se identifique con un **personaje** para ser aceptada. En un mundo que confunde la identidad con la apariencia, no es de extrañar que reinen la confusión, el miedo y la desconfianza.

Pensemos en Javier, un niño con una sensibilidad artística extraordinaria, que siente el mundo en colores y texturas. Sin embargo, su familia, bienintencionada pero ciega a su don, le presiona para que sea un «hombre de provecho», como su padre ingeniero. La educación que recibe se centra en potenciar su lógica y sus

matemáticas, mientras sus cuadernos de dibujo se consideran una «pérdida de tiempo». Javier puede convertirse en un ingeniero competente, pero sentirá un vacío persistente, la nostalgia de un «quién soy» que nunca le permitieron explorar.

La educación sensible, por el contrario, nos guía al descubrimiento del «quién soy» para vivirlo en plenitud, experimentando una conexión profunda con nuestro origen, con los demás y con el entorno. Esta conexión no nace del intelecto, sino de la sensibilidad personal —corporal, mental y espiritual— que nos abre a nuestra propia originalidad. En esa apertura, sentimos que formamos parte de algo más grande que nuestra individualidad, descubriendo un sentido de pertenencia y una identidad permanente que la educación sensible llama **hogar interior**.

La persona se hace infeliz cuando traiciona su ser para convertirse en el personaje que interpreta en la vida. Estamos llamados a habitar la infinitud de nuestro hogar interior, pero con frecuencia lo abandonamos por **refugios** que seducen, pero no satisfacen. Este paradigma ayuda a colmar lo que somos, integrándonos en la realidad original. La aceptación de este presente es la libertad con la que manifestamos el «quién soy», una humildad que culmina en un deleite que la educación sensible denomina **apoteosis**: la vivencia plena de la propia identidad. En la apoteosis, la plenitud soñada se queda corta y los problemas de la vida dejan de vivirse como conflictos, pues se habita en el sentido último de la existencia.

Todo comienza con la aceptación incondicional del «quién soy». Cuando esta acogida primigenia es imperfecta, nuestra identidad crece herida y confusa. Para convivir, necesitamos aprender modelos, pero si partimos de esa aceptación herida, corremos el riesgo de identificarnos con el modelo y abandonar el desarrollo de nuestro ser auténtico. El personaje, a diferencia de la identidad original, no surge de la interioridad, sino que es una respuesta condicionada por el mundo. La educación sensible nos permite

representar los roles que la vida exige con libertad, pero sin confundirnos con ellos, sabiendo siempre diferenciar quiénes somos del personaje que nos conviene interpretar.

La vida humana tiende al crecimiento, pero a diferencia del resto del cosmos, requiere educación, pues nuestra motivación original es administrada por un «yo» que puede elegir la autenticidad o la falsedad. La educación sensible es la sinergia del «yo» y del «nosotros» con esa fuerza originadora para alcanzar nuestro óptimo desarrollo. No se limita a madurar las competencias del personaje, sino que busca la maduración absoluta de la persona. Mientras la educación no sensible nos capacita para construir un mundo donde *tener* felicidad, este camino nos enseña a *ser* felices en cualquier mundo, mientras entre todos lo hacemos un lugar mejor.

Su fundamento antropológico concibe a la persona como un ser único, con una dignidad inherente y abierto a la trascendencia. Por ello, su acción se manifiesta a través de cuatro vías simultáneas: **sanadora**, para cicatrizar las heridas que nos impiden confiar; **deconstructiva**, para demoler los patrones que nos limitan; **liberadora**, para desatarnos de las creencias que nos engañan; y **desarrollante**, para impulsar nuestro potencial original hasta su pleno florecimiento.

En un mundo marcado por la polarización, la superficialidad y la despersonalización, la necesidad de esta pedagogía es urgente. Problemas como la violencia, la depresión o la falta de solidaridad son, en el fondo, síntomas de una humanidad desconectada de su ser. La educación sensible, al sanar desde la raíz, se convierte en una poderosa herramienta para construir una sociedad más justa, pacífica y cohesionada.

Nunca es tarde para emprender este viaje. Aunque lo ideal es comenzar en la infancia, el **yo-original** nunca se destruye. En la vida adulta, este camino se convierte en un valiente proceso de sanación, liberación y desaprendizaje para volver a nuestro centro

auténtico. Funciona como una medida de primera línea que, al abordar las causas del malestar, a menudo puede prevenir que el sufrimiento escale a un trastorno clínico. Y cuando la intervención terapéutica es necesaria, actúa como el complemento perfecto, creando un entorno fértil que acelera la recuperación y reduce el riesgo de recaídas.

El objetivo de esta obra es, por tanto, eminentemente práctico. No es una mera teoría, sino un mapa para la acción transformadora en el aula, el centro y la familia. Es una invitación a que los educadores se conviertan en la mejor versión de sí mismos para poder guiar a otros en ese mismo camino.

Para ello, exploraremos primero el porqué de esta propuesta, adentrándonos después en el núcleo de la autoeducación. Asentadas estas bases, descubriremos los rasgos y vías de la educación sensible para, finalmente, llevar esta sabiduría a la práctica en el acompañamiento personal, el aula y la creación de auténticas comunidades educativas. Con las herramientas que aquí se ofrecen, esperamos que pueda emprender con confianza este apasionante viaje hacia una educación que sana, libera y celebra la vida en toda su plenitud.

Es importante que el lector aplique la mirada sensible. Las concreciones no son la clave, sino modos de aclarar e inspirar, pero cada «yo» y cada «nosotros» conviene que encuentre su modo original de educación. Lo recomendable es que el lector se ponga sus propios ejemplos y no intente entender las concreciones al pie de la letra, eso sería contrario a la educación sensible. Es más, los ejemplos o concreciones pueden ser muy cuestionables, y en ciertos contextos o circunstancias se podría hacer de forma muy diferente o incluso opuesta a como se indica.

Paradójicamente, quien capte las ideas de fondo se ubicará y quién se quede en lo concreto se puede perder. Acudiendo a Pascal, conviene leer con el corazón que entiende razones que la razón no entiende.